

que poner también en movimiento á Francisco, luego los acompañó á tuestas hasta abajo, los puso casi fuera como á dos autómatas, y volvió á subir á vestirse y á terminar su labor. La proximidad del muerto, que parecía un gran muñeco, horriblemente desfigurado, no le turbó lo más mínimo. Acabó sin prisa de recoger los billetes y sus útiles de ladrón, interrumpiéndose para prestar oído á los mil pequeños ruidos de la noche y de los muebles, y después volvió la caja vacía al sitio en que la habían hallado. Cuando terminó se acercó al cadáver y sin un estremecimiento le estuvo mirando.

—¿Le meteré en un armario, le sacaré al jardín ó le esconderé bajo los libros?—pensaba. Y optó por este último partido, como más pronto. Arrastrándole por las delgadas piernas hasta el centro de la biblioteca, le cubrió allí completamente con los volúmenes que había amontonados debajo de la galería. De este modo, entre el momento en que se viera el desorden de la pieza y el descubrimiento del crimen, siempre pasarían algunas horas. Y esas más ganaban ellos.

Terminado este último trabajo, Darnot cogió su preciosa servilleta bajo el brazo, echó una última ojeada al salón, á los objetos testigos de su crimen, apagó la luz y bajó la escalera y salió del hotel, cuya puerta cerró con llave.

Juana y Francisco le esperaban en un coche cerrado en el sitio que él les había dicho, y en cuyo carruaje montó él también, sentándose delante de sus compañeros de modo que sus piernas estaban entre las de aquellos, que temblaban fuertemente. Dió al cochero una dirección cualquiera, un núme-

ro de una avenida inmediata. Allí cambiaron de coche y á este nuevo cochero le dieron ya orden de conducirlos á la calle de Pigalle, á la cervecería de «¿Qué dices tu?» La noche estaba tibia, pero tempestuosa.

Evitaban mirarse. Darnot dijo:

—Debemos preparar nuestros descargos. Sería imprudente marchar antes de una semana, lo menos. Esto haría que se fijaran en nosotros las sospechas.

—¡Caramba!— exclamó Francisco cobrando ánimo.

Después de un gran silencio Juana osó preguntar:

—¿Donde le pusiste?— dirigiéndose á Marcos, que no contestó. No estaba el asesino de humor de sufrir un interrogatorio, ni los reproches á que pudiera este dar lugar. Esas fueron las solas palabras que cambiaron en el trayecto.

Cuando entraron en casa de Coco esta cenaba y alborotaba, ya borracha, en compañía de varios parroquianos y parroquianas. En cuanto vió á Marcos, á quien había tomado manía por ciertas discusiones de intereses, le preguntó:

—¿Eh tú, de donde vienes, bribonzuelo, con ese envoltorio de comerciante de libros?

Las demás mujeres afectaban reír. Mondaban unos cangrejos que les había vendido un viejo cojo. Una de ellas ofreció una pata á Darnot.

—No tengas miedo, niño, no pincha...

No la aceptó. Hizo sentarse á Juana y Francisco, ocupó un puesto al lado de ellos, pidió de cenar y Champaña y posó cerca, sobre una banqueta, su servilleta, de la que no se separaba. Se caía de

cansancio y le costaba tener los ojos abiertos: necesitaba toda su fuerza de voluntad para no dormirse allí sobre la mesa, delante de los platos humeantes.

—Tu te duermes— gritó Coco— Han estado ustedes de juerga, los vecinos... ¡Ah, estos burgueses! Eso no es razonable.

Luego explicaba á sus clientes confidencialmente que Juana y Francisco eran gentes elegantes, de «la alta», inquilinos de la casa, «el propio hijo y la propia nuera de Aubryet, él que hacía piezas para el teatro.»

Juana tenía la impresión de que con un pequeño esfuerzo se despertaría, saldría de aquella pesadilla y se encontraría en su cama, dichosa de que cuanto estaba viendo y pensando no había sido más que un sueño. Las figuras en torno suyo hacían gestos. Los crueles humanos se la parecían á aquellos bichos armados de pinzas y mandíbulas que veía ante las mujeres de Montmartre, las clientes de Coco.

—¡Calla, pardiez, se nos observa!...—la dijo Darnot al oído.

Acababa de acordarse el bandido con malestar de los informes que le había dado Coco antaño, procedentes de la madre Levertat, acerca del tesoro de Fonteroy.

Juana replicó: «Yo me ahogo aquí...» Y eso que estaba abierta la puerta que daba á la calle, por la cual se veían en esta varios borrachos que daban vueltas cantando.

Francisco comía vorazmente, perseguido por la imágen del cadáver con la cara torcida. Sentía un odio súbito hacia el miserable que los había asociado á aquella muerte inútil, y hubiera deseado matarle á él á su vez.

Cuando salieron de la cervecería, Darnot los llevó á varias tabernuchas de esas que no se cierran en toda la noche, en que falsos gitanos rascan en sus instrumentos aires de *café-concert*. En todas partes procuraba hacerse notar y estrechaba las manos de los encargados de esos garitos, discutía con los camareros, hablaba con el dispensero y con el cajero .. El estado de los tres compañeros era ya más que de fatiga, de enervamiento. Se miraban unos á otros con ganas de desgarrarse.

Al amanecer, tiritando y desmadejados entraron en su casa. Darnot, que desconfiaba de todo, no quiso entregar su envoltorio ni abandonarle. Con él por almohada se acostó en el comedor, en el suelo, entre el equipaje preparado para el viaje, que no se habían atrevido á emprender. Juana y Francisco se echaron vestidos en su cama y cayeron en un sueño pesado, cortado por pesadillas y sobresaltos y terrores. Se cogían de los brazos, se estiraban exhalando quejidos roncós, y volvían á la realidad con grandes suspiros, durmiéndose después de nuevo entre estremecimientos.

Cuando Francisco salió por fin de esta série de pesadillas, que se enlazaban las unas con las otras, era bien entrada la mañana, y Marcos estaba de pié al lado del lecho contemplándole fríamente. Aubryet preguntó con angustia:

—¡Donde está Juana?...

—En su tocador. Se está vistiendo. Son las once y media. Yo ya he trabajado mucho. He puesto el dinero en sitio seguro...

—¿En dónde?

—En la biblioteca... detrás de los libros que nos quedan... En un escondite como el que nos dió tanto que hacer. No irán á buscarlo allí, no...

Francisco saltó de la cama y se plantó sin miedo delante del miserable preguntándole:

—¿Por qué le mataste?... ¿Por qué?... ¿Para perdernos, no es esto... ó tenernos cogidos? Hacia tiempo que tu buscabas la ocasión de comprometernos en un crimen. ¡Aquí nos tienes, ahora ya, cómplices tuyos!

Tartamudeaba, temblaba, enderezándose, los ojos llenos de lágrimas. Darnot no se encolerizó.

—Hicieras mejor en callarte y acostarte otra vez—dijo—Las paredes son de papel. Pudiera oírte alguien... ¿En tanta estima tenías al amante de tu mujer?...

—¡Ah, malvado!—gimió Francisco sin fijar más atención en la injuria.—Ya había previsto yo hace mucho tiempo lo que ha sucedido... y no tuve decisión para deshacerme de tí, para ponerte en la calle...

—Pequeño mío, veo que no tienes sangre fría. Me voy á la habitación de al lado. Cuando te calmes volveré. Mas tarde, puesto que ya no hay amor entre nosotros, si salimos bien del negocio nos repartiremos el dinero y nos separaremos. Por ahora estamos unidos los tres como los dedos de la mano... Procurad comprenderlo así, si no, á fé de Darnot, os lo haré entender.

Salió de la pieza. Francisco se arrodilló ante la cama en la actitud desamparada de rezar. De niño hacía esto mismo cuando tenía un gran contratiempo, y rezaba entonces. Ahora ya no sabía dirigirse á Dios, pero suplicaba al azar, en el vacío, á la potencia desconocida que dirige las acciones de los hombres, que los crea, que les dá un alma y una libertad... Los recuerdos le interrumpían. ¡Oh, los horribles recuerdos!...

Oyó unos pasos lijeros. Su mujer se apoyó en sus espaldas. Juana estaba medio desnuda, pues hacía calor y no osaban abrir las ventanas. Sin embargo parecía temblar. Sus ojos estaban demasiado agrandados para su cara delgada. Diríase que se abrían desmesuradamente queriendo ver el espectáculo interior de ella misma. Aubryet sintió que la joven le rodeaba su cabeza con los tibios brazos, en una caricia misericordiosa. Luego mostró con la mano á Darnot, que aparecía á la puerta á la vez amargo é indómito, en el silencio de medio-día, á plena luz.

Francisco se levantó poco á poco apoyándose en su mujer, como un herido. Sus corazones, á igual nivel, palpaban con la misma violencia. Sus decadencias, hermanas gemelas, los aproximaban. Estaban como dos pajarillos que asustados se juntan durante la tempestad. Lloraron largamente el uno sobre el otro, mezclando sus angustias y sus remordimientos.

Darnot, que los observaba, comprendió que no eran de fiar, que confesarían muy facilmente y que era preciso no dejarlos de la mano. Hizo propósito de estarse allí constantemente con cualquier pretexto, y empezó á enseñarles la lección aterrizándolos con la perspectiva del castigo, de la responsabilidad que tenían.

—Fuiste tu, Juana, quien nos indicó el golpe, quien nos abrió la puerta, quien nos mostró el tesoro, y Francisco quien estuvo en acecho. Yo no he sido más que vuestro instrumento.

—Pero yo no sabía que él iba á volver. ¿Crées tu que yo deseaba su muerte?

—¿Podía yo pensar que tu le asesinarías?

Marido y mujer repetían las mismas frases de defensa con una especie de extravío mental. Sus ojos suplicaban al cruel Marcos, como si este fuera el árbitro de sus destinos, y se aproximaban tanto á él, que se dispuso á defenderse, creyendo que trataban de deshacerse disimuladamente de él.

Aquellas primeras horas que pasaron solos los tres, fueron interminables. No tuvieron un poco de desahogo hasta que fueron la Mitron y Enrique á informarse de su salud, á arreglarles la casa, á ponerles el almuerzo como de costumbre. La gruesa portera, soliviantada por Coco detestaba ya también al bandido, y aprovechó un momento en que estuvo sola con Juana para decirla familiarmente, puesta la barba en una mano y esta apoyada en el palo de la escoba:

—Los señores hacen mal en tener como secretario á ese hombre. Corren malos rumores acerca de él por el barrio.

Juana se puso encarnada y dijo:

—Mitrón, la primera vez que vuelva V. á mezclarse en lo que no le importa haré venir otra sirvienta...

—Y usted me pagará como es debido, supongo... —repuso la comadre irritada.

Libres de la pareja importuna, á las tres de la tarde trataron de almorzar, pero no tenían apetito. Un mismo pensamiento los ocupaba á los tres: aguardaban los periódicos de la tarde. Cuando el primer vendedor apareció en la calle de Pigalle voceando *La Patria*, Darnot dijo á Francisco.

—Baja tu; ya se sabe que te ocupas de las carreras...

—No me atrevo... No podré jamás...

Permaneció atontado en su silla, con el vaso lleno de vino en la mano. Marcos se rodeó hacia Juana, pues no quería dejarlos solos, y la dijo:

—Entonces tu... ponte el sombrero...

La joven no se lo hizo repetir. ¡Tenía tantas ganas de recibir una bocanada de aire de la calle!... Un minuto después volvía asustada y echaba el periódico sobre la mesa.

—Ahí está... leed... «El crimen misterioso del parque de Monceau».

El título en grandes caracteres les hizo el efecto de un inmenso clamor que llenara la ciudad. Todos se inclinaron sobre la relación del suceso que ocupaba columna y media... «El viejo Anselmo llegó por la mañana en virtud de una orden expresa de su amo y encontró á este ahogado en su biblioteca, bajo un monton de libros. La muerte parecía datar de algunas horas. Ningún mueble, ninguna alhaja habían desaparecido...»

Darnot sin decir nada, puso sobre esta última frase uno de sus largos dedos, que terminaba en una uña pulida...

«Se ha encontrado ya al cochero que á las once y media de la noche condujo al conde de Fonteroy desde la estación de Lyon á su hotel, pero no ha dicho nada de particular, por que nada extraño advirtió. Los vecinos tampoco oyeron ningún grito, ningún ruido de lucha. Sin embargo, ciertos indicios hacen suponer que las diligencias empezadas á practicar inmediatamente, darán con rapidéz buenos resultados. La policía sigue varias pistas. El Duque de Fonteroy, enterado por telégrafo de lo ocurrido, es esperado de un momento á otro...»

—¿Y bien?—preguntó Francisco, después de un largo suspiro. Sudaba y se enjugó con su servilleta.

—¡Y bien!—respondió Marcos—La bomba estalla demasiado pronto, evidentemente... á causa de esa vuelta imprevista... ¡Maldito viejo Anselmo!... Pero nada hay perdido. No tienen indicio alguno. Se van á perder en un laberinto de presunciones... Ahora lo que nos falta decidir es si nos marchamos ó continuamos aquí...

Después de un minuto de reflexión él mismo contestó con mucha calma. «No hay más que estarse aquí... Coco hablaría... el telégrafo correría más que nosotros... Seríamos cogidos al bajar del tren... En tanto que, bajo mi vista, no osará esa moza tener un desliz...

—¿Pero qué sabe ella, ni como puede sospechar?—preguntó Francisco, cuyos dientes castañeteaban.

—¡Quién sabe! Yo la he hablado justamente de Fonteroy y de la Levertat, que vendía á este chucherías. Con esas mujeres astutas jamás está uno seguro de nada... Y hay otra cosa: es preciso que mañana á la mañana tu y yo vayamos á adquirir noticias al parque de Monceau.

—¡Al parque de Monceau!—exclamó Juana, que tuvo la impresión de que Marcos se había vuelto loco.

—Sin duda. Nosotros éramos los mejores amigos de aquel tipo. Se nos ha visto por todas partes con él. La policía querrá seguramente interrogarnos. Si, al tener noticia del crimen, no nos presentamos allí hasta desolados, hacéos la cuenta de que ños denunciemos nosotros mismos.

Marido y mujer se quedaron decaídos. No habían pensado en esto. Aubryet encorvado como un viejo, las manos entre las rodillas, repetía moviendo la cabeza:

—¡Estamos perdidos, estamos perdidos!...

—Si perdemos la cabeza, sí... pero nó si conservamos nuestra sangre fría—indicó Darnot, con tranquilizadora seguridad—¿Qué es lo que hay contra nosotros como prueba, como presunción, como sospecha? Absolutamente nada. Aún admitiendo que esta puerca de Coco hable, no se la escuchará. ¡Y tiene tantos feos negocios sobre su conciencia!... Tu eres el hijo de Felipe Aubryet. Tu eres la hija del ollero Verneuil. Yo soy vuestro secretario y vendo automóviles. Por este lado no buscarán nada. No hay más que permanecer derechos, marchar con la cabeza alta, mirar á las gentes cara á cara... y hacer la vida ordinaria... con esta diferencia: que durante dos semanas, por lo menos, debemos darnos á ver juntos y no separarnos. Si tenéis miedo, yo conozco un sistema excelente de ahuyentarlo... En cuanto á la conciencia, podéis dejarla en reposo. Ese Fonteroy era nuestro enemigo. Nos explotaba, nos hacía traición, se conducía como un canalla y no será sentida su muerte por nadie. Vamos, es un mal momento el que hay que pasar, pero sois juiciosos y pasará pronto.

Después de algunas otras exhortaciones por este estilo, Marcos salió, cerrando la puerta con llave y diciendo que volvería en seguida.

—¿Cómo deshacernos de él?...—preguntó Francisco, que se había acercado á su mujer, y la hablaba al oído, temiendo que algún ser invisible los espicara.

—Haciendo lo que él ha hecho con Fonteroy. Es el solo medio... Pero tu jamás te atreverás.

Francisco hizo una mueca, un gesto reveladores de su impotencia para toda resolución. Ella entonces estuvo á punto de decirle: «¡Pues bien,

obraré yo, si no!...» pero se la apareció en aquel instante la cara horrible del extrangulado, oyó el crugir de la larinje y dejó escapar un «¡Oh!» de disgusto, de horror y se tapó el rostro con los brazos, como si se defendiera de una verdadera aparición.

Cuando el secretario volvió los halló muy juntos, crispados por la inquietud, inclinados sobre el fatídico periódico.

—¡Ah, ah, lo aprendéis de memoria!... Coco lo estaba leyendo también en la cervecería, y la Mitrón lo leía en su garita... Entramos en la zona peligrosa. Por eso he traído este calmanté...

Sacó de su bolsillo una pequeña caja oscura y un frasco redondo.

—Morfina... Una geringa Pravaz... Vamos á darnos una inyección, para desechar las ideas negras... ¡Oh, no tengáis miedo, no trato de envenenaros; es una dosis muy pequeña. Y comienzo por mí. Tan bueno es en los brazos como en las piernas.

Juana había ensayado ya este remedio para sus neuralgias, y sabía que no era peligroso, no abusando. Cuando Darnot descubrió el brazo y se dió la inyección, la joven no pensó más que en imitarle. Al llegar el turno á Francisco, como este temblaba ante la aguja, Juana se la introdujo de un golpe seco y el secretario dijo:

—A vuestra salud... Se repetirá esta noche... Es un soberano remedio contra los remordimientos.

Algunos instantes después Juana lloraba dulcemente, Francisco leía una novela de aventuras, y su maestro los contemplaba con los ojos brillantes y una especie de beatitud, desde el fondo de una butaca, el cigarro en los labios, las piernas cruzadas.

Los sacó de este estado el sonido de la campanilla.

Se miraron llenos de terror, con un mismo recuerdo: el de las visitas de Fonteroy á aquella hora. En seguida se hicieron señas, sin moverse, de ir á abrir. Juana concluyó por aceptar la prueba.

—¿Quién es?

—Gustavo Charamol... ¿El Sr. Aubryet, me hace V. el favor de decir si está?...

—El señor y la señora han salido—contestó Juana cambiando la voz. El visitante sabía lo contrario por la portera y pareció extrañarse de esta contestación. Añadió:

—¿A qué hora volverán?

—No lo sé, señor...

Esta vez Charamol no insistió. Se oyó su risa falsa, y luego el rumor de sus pisadas en la escalera, Juana volvió agotada por el esfuerzo hecho.

—No haré otra vez esta farsa... Si algún otro viene, tanto peor, yo le recibiré.

—Eso será lo más sencillo—opinó Darnot—No estamos en cuarentena. No hay más que figurarse que somos inocentes... Así se tiene una completa naturalidad.

—Es cuestión de costumbre, he ahí todo...—añadió Francisco, á quien la inyección había hecho efecto. Luego volvió á su lectura.

Hasta la hora de comer no hubo nada de particular. Cuando dieron las siete Marcos propuso ir á un restaurant.

—Vístete, Juana... muy sencillamente, por supuesto...

—¿Y yo cómo?—preguntó Francisco, que en toda circunstancia deseaba estar correctamente—¿De etiqueta, corbata blanca?...

—No, no... como somos... Iremos como de ordinario. Lo importante es que nos vean.

A la puerta de su cervecería Coco los miraba, cuando salieron, con cierto aire socarrón. Habían previsto sus lamentaciones sobre la muerte trágica de aquel pobre Fonteroy y se asociaron sin afectación á sus manifestaciones.

—Nosotros firmaremos mañana á la mañana en las listas del hotel—dijo con indiferencia Darnot—Y te traeré noticias...

Después de la comida, que fué triste, pasaron la velada en *Variedades*. Durante un entreacto Darnot fué á leer *El Tiempo* bajo una lámpara de gas. El crimen ocupaba en aquel periódico un buen espacio. No se hablaba de nuevas pistas. Sólo se insinuaba que el Conde tenía relaciones galantes con mujeres de distintas clases, á algunas de las cuales recibía en su hotel.

Esta noche, gracias á la morfina, estuvieron tranquilos, pero no se durmieron hasta el amanecer. Juana y Francisco oyeron á Darnot andar en la biblioteca. Sin duda contaba el dinero del muerto y lo escondía mejor. Sin duda también se reservaba la mayor parte de aquel dinero, por los esfuerzos que le había costado adquirirlo y por los tranques á que diera lugar... ¡Pero podía llevarse todos aquellos billetes malditos, su cómplice infame!... Recordaban los que Francisco tenía al partir para España, aquellos ciento cincuenta mil francos, y pensaban que ellos habían sido el precio de su condenación y de sus remordimientos eternos.

—Nosotros no ayudamos á matarle, pero es lo mismo—indicó Francisco en las tinieblas.

—Si, le dejamos matar, que es, igual—añadió Juana en el mismo tono.

—¿Crées tú que él piensa suprimirnos?

El era Darnot. Francisco no le designaba ya de otro modo.

—¡Oh, yo dejaré que haga lo que quiera; estoy bastante cansada de la existencia!

Deseaba la prisión, que la libraría de un peso y de una vecindad odiosas. Francisco estaba acosado por diversos terrores, pero su persistente debilidad le hacía susceptible á la influencia de los pensamientos secretos de su mujer. De suerte que en ciertos momentos deseaba como ella lo más probable: el descubrimiento y el castigo. La agitación de Marcos en la pieza de al lado les parecía entonces un poco ridícula. Todas sus precauciones no contendrían por un momento la mano implacable del destino.

Juana pensaba temblando que aquel monstruo de ojos duros la había amado, la deseaba tal vez, y comprendía ahora las razones profundas de su indestructible aversión hacia él. Si se le hubiera entregado ¡cuánto más espantosa sería su situación presente!... Llegaba casi á amar á aquel vil Francisco, tendido al lado de ella, abismado como ella en la idea de su vida destruída. Por instantes la alarma de una imágen abominable cruzaba por su pensamiento inquieto. Entreveía un sin fin de libros dispersos, un cuerpo tendido, rígido... y entonces apartaba lejos de sí el sueño, queriendo empujarle con sus dedos crispados que se encontraban sobre el lecho, con las manos ó con el rostro de su marido, en la obscuridad, como deben encontrarse los seres en el limbo.

Fueron recorriendo así uno al lado del otro, silenciosos, un laberinto de reflexiones dolorosas,

pero que bajo el influjo del veneno, se sucedían con cierto orden. Se admiraban ambos de haber llegado poco á poco á tal situación, de haber descendido hasta tanta maldad con sus corazones débiles y sin ferocidad. ¿Era tan fácil entrar progresivamente en la vida del crimen por la necesidad de dinero y por el desorden?

Cuando la alborada, una alborada fresca de verano, empezó á clarear la habitación, aumentaron sus malos sueños. Darnot abrió la puerta y se deslizó hasta cerca de ellos con una tranquilidad fingida... El cadáver de Fonteroy se les reaparecía... Se los acusaba en la calle, entre los vecinos. Otras voces los defendían emocionadas y discordantes, las del padre, la madre, las gentes que habían perdido de vista hacía años. Las alternativas de sombra y luz, de angustia y alivio parecían obedecer á un botón eléctrico que ellos buscaban desesperadamente bajo los cortinajes, sin llegar á encontrarle.

—¡Ah —exclamó Juana en un despertar brusco de su conciencia ardiente— cuánto mejor sería que hubiesemos confesado lo ocurrido!

Se procuró, sin embargo, disimular más que nunca; ante el padre de la víctima y los criados, se representó la comedia de la sorpresa y de la pena.

A las diez en punto Darnot y Francisco salieron de casa espíados por Coco. Juana en su ausencia se estaría acostada pretestando un violento dolor de cabeza. Por el camino compraron y leyeron los periódicos de la mañana. Todos, con algunas variantes, repetían la versión fundamental de «El Tiempo». Algunos habían enviado redactores al

lugar del suceso. Sus informes contradictorios atribuían el asesinato á una banda de *apaches* sorprendidos después, en el momento de realizar otro robo, á una venganza de mujer, á un criado despedido.

Los dos compañeros tomaron un coche en el boulevard de Clíchy. Durante el trayecto Marcos repetía á Francisco mudo y asustado: «Figúrate que eres inocente, que no sabes nada, que lloras la muerte de un amigo.

—¿Y si el duque está allí?

—Lo mismo .. El duque no puede suponer...

Francisco temblaba de pies á cabeza sin responder. El otro añadió:

—Piensa en el momento en que todo haya pasado, en que nos encontremos... Esto es como cuando se va á casa del dentista. Es preciso mirar más allá de la operación.

—Lo intentaré, haré lo posible.

Llegaron al parque de Monceau. Aunque el suceso databa de la víspera, ya había una gran multitud delante del hotel. Darnot, que precedía á Francisco, abrió paso. La puerta estaba abierta. El viejo Anselmo hablaba en el vestíbulo con un personaje que parecía de la policía. Cuando vió á los nuevos visitantes hizo un pequeño movimiento, en seguida disimulado, de sorpresa.

Jamás la cara plana, encerrada entre patillas blancas, de este hombre, había parecido tan importante á Francisco, que se esforzó por mostrar una buena actitud, al repetir con voz triste la pregunta que hizo su compañero Darnot: «¿El padre ha vuelto?»

—Sí, señores—respondió Anselmo sin quitar

apenas la mirada de ellos, más que para espiar al policía—Ha vuelto del Medio-día inmediatamente, pero ahora está conferenciando con el juez de instrucción y con el procurador de la república.

—¿Aquí?—insistió Darnot.

—Allá arriba—dijo Anselmo alzando un dedo.

Después suspiró:

—¡Ah, mi pobre amo!... ¡Y pensar que si yo hubiera recibido á tiempo su telegrama, si yo hubiera venido aquella noche, *hubieran* hecho conmigo lo mismo!...

—¡Es horroroso!—afirmó Darnot—He aquí nuestras tarjetas. No olvidará V. entregarlas...

—¡Horroroso!—repitió Francisco automáticamente, con la alegría de poner fin á aquella escena. No hubiera soportado *allí* la presencia del viejo duque. Los muebles, el vestíbulo, la escalera, habían cambiado de aspecto en pleno día, y recobrado su fisonomía ordinaria. Pero el duque hubiera evocado las visiones...

Había ido, saludado, hablado como un sonámbulo. No veía ya el sol, ni oía los gritos de los chiquillos que jugaban en el jardín. El fresco que una manga de riego esparcía al pulverizar una lluvia de diamante sobre la verde yerba del suelo, lo reanimó.

—Sentémonos un instante, ¿quiéres?

—Tu estás loco—respondió Marcos.—¿Si alguien nos ha seguido, qué pensaría de nosotros?

Continuaron su camino. La cuestión ahora era saber si Anselmo sospechaba de ellos.

—Nos observaba disimuladamente...

—¿Crées eso? No nos ha hecho ninguna pregunta.

—Es que deja ese cuidado al juez. No nos escaparemos del interrogatorio. Además el viejo Fonteroy nos detesta; le encantaría jugar nos una mala pasada—concluyó Marcos con una perfecta inconsciencia.

En este momento mismo Coco enviaba al duque por el correo interior una carta circunstanciada de cuanto ella sabía y suponía. Detallaba escrupulosamente las proposiciones reiteradas de Darnot, su negativa á secundarle, la insistencia del bandido, cuya ferocidad y cuyas costumbres analizaba con singular penetración. Contaba la visita de los tres amigos á su cervecería en la noche del crimen, sus actitudes equívocas, su existencia de reclusos al día siguiente, las habladurías de la Mitron. Afirmaba la culpabilidad del matrimonio y el secretario y firmaba bravamente con su nombre y apellido.

Cuando Marcos y Francisco volvieron á casa después de largos paseos y diversas estaciones en los cafés, encontraron á Juana todavía en la cama amodorrada con una nueva inyección. Había recibido durante la ausencia de los otros á su madre y á Clotilde Aubryet, que habiendo leído en los periódicos la muerte trágica del conde, ávidas de detalles, habían ido á adquirir noticias á la calle de Pigalle. Pero su decepción había sido grande, por que Juana desde su lecho se había limitado á decir las por signos que no la interrogaran y que la dejaran sola.

—Yo creía que mamá me pegaba. Me ha tratado de hija desnaturalizada. En cuanto á tu madre, se mordía los labios y se inflaba los carrillos con la lengua como cuando está extraordinariamente dis-

gustada... Pero esto indica que no se sospecha de nosotros, ¿no es verdad?

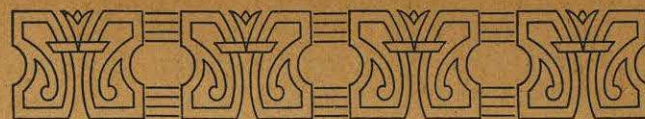
Los tres concluyeron por persuadirse mutuamente de que no corrían ningún peligro. Fuera, el tiempo estaba bueno, pero resolvieron no salir y pasar el día bebiendo para desechar los últimos vestigios de un tormento que en realidad no había durado mucho.

—Después de todo, si tu te fijas, Marcos,—dijo Juana con una cínica sonrisa—verás que somos buenos, cuando nos aguantamos después de no haber puesto las manos en la obra.

—Eso es verdad...—añadió Francisco, que no aspiraba más que á ahogar los supremos murmullos de su conciencia.

—Pequeños míos, os veo vueltos á la razón. Esto es bueno. En recompensa os prometo que si salimos sanos y salvos de la última formalidad del juez... ni visto ni conocido: yo os dejo...

A la mañana siguiente, un poco antes de las nueve, la policía hacía á la Mitrón abrir la puerta, y entraba bruscamente en casa de Aubryet á detener á este, á su mujer y á Marcos. Mientras se practicaban las diligencias de esa detención se hizo un registro en todas las habitaciones, y detrás de un diccionario se encontró el dinero robado. Darnot confesó plenamente, acusando á Juana de haberle indicado el crimen, y á Francisco de haberle ayudado á cometerle. Su propósito era el de perderlos con él.



EPILOGO

**Donde se vé que el
alma puede morir.**

ONCE años después de estos sucesos, Ignacio Salientés y su amada María hablaban en la intimidad, al lado de un gran fuego, en la semi-obscuridad de un crepúsculo de invierno, mientras los criados les llevaban las lámparas. Habitaban el segundo piso del hotel de Laura Montmelian, calle de Borgoña. Hacía nueve años que se habían casado y tenían dos hermosos hijos, un niño y una niña, á quienes la abuela, siempre extremada en sus sentimientos, echaba á perder con un verdadero frenesí. Ignacio era célebre. Aparte de lo que habían blanqueado sus cabellos, no había envejecido. Solamente sus ojos, dulces y burlescos, se habían vuelto más graves. María, siempre bella, llevaba sobre su cara apaciguada los signos de la experien-